EL ARCO

Núm. 443 Cartagena 19 Marzo 1926 Año XVIII

periódico católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Director: JOAQUIN MATEO

Costeado por bienhechores | REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES 2, | Se reparte gratis

MILLAN ASTRAY

Nuevamente Millán Astray ha derramado su sangre por la Patria. No vamos a hacer comparaciones; todas las comparaciones son odiosas, y a nosotros no nos gusta despertar odios ni incurrir en la odiosidad de nadie. Pero la figura de Millán Astray, no regateando jamás su esfuerzo ni su sangre para prestar los servicios que se le demandan, es verdaderamente digna de loa y de admiración.

Perdido un brazo en defensa de la Patria y habiendo expuesto su vida en defensa de ella otras veinte mil veces, parecía tener derecho, si otras recompensas no le alcanzaban, porque las recompensas de la tierra se rigen por las leyes humanas y no alcanzan a todos los sitios donde debieran alcanzar, parecía tener derecho—decimos—a la recompensa del descanso. El la ha rechazado satisfecho. Su recompensa para él, aunque no tuviera otra, ha sido la de seguir luchando y la de ofrendar más sangre por la defensa de la Patria.

Dicen que cada uno da lo que tiene, y lo que tiene, en efecto Millán Astray es sangre. Por eso la dá.

«Porque se puede»—como diría un castizo madrileño.

Pero no basta que él dé lo que quiera y lo que pueda. Es necesario que nos hagamos cargo de la grandeza del donativo para que éste sea eficaz, porque la eficacia de los rasgos de valor y generosidad no está en los actos mismos en que estas virtudes se prodigan y manifiestan, sino en la multiplicación de los mismos por medio del ejemplo.

El valor y la generosidad son más útiles como lección que como actos. O de otra manera: para que el valor y la generosidad sirvan para levantar y redimir a un pueblo no han de ser la virtud de un individuo, sino las virtudes de una colectividad. Y la virtud del individuo solo puede transmitirse a la colectividad por medio del ejemplo, que es la predicación más útil.

Por eso es conveniente la difusión del ejemplo. Por eso, y no por halagar una vanidad personal, se requiere como muy útil el comentario de las hazañas valerosas.

En la historia de los pueblos la que mantiene en ellos sus virtudes y sus excelencias. La historia de la reconquista de nuestro suelo, usurpado por los árabes, fué la inspiradora indudablemente, de la epopeya de la independencia, repetida el siglo pasado en nuestro mismo suelo contra la usurpación del francés.

La hazaña de Colón ha sido la despertadora de la hazaña de Franco.

La hazaña de Millán Astray, evocada por la de otras mil figuras gloriosas de nuestro Ejército, puede ser a su vez evocadora de nuevos triunfos y de nuevas glorias.

Destáquese, pues, la figura de Millán Astray, para que sirva a todos, a los que inmediatamente pueden imitarle y a los que no pueden imitarle inmediatamente, de lección y de ejemplo.*

FERNANDO

Saetazos

En Figueras, según leo en un periódico, una racha de viento se llevó el otro día una tartana con caballo y viajeros.

¡Vaya unas brisas suaves que soplan en Figueras!

Habrá que amarrar los faroles del alumbrado público para que no se los lleve el aire.

Lo de esa tartana
que se llevó el viento
(como a la famosa
María Sarmiento)
prueba que hay rarezas
en aquella villa:
se sale en tartana,
se vuelve en tortilla...

* * *

La Junta administrativa de la plaza de toros de Bilbao ha escrito al Niño de la Palma diciéndole que concrete de una vez las condiciones que pone para actuar en aquella plaza en las corridas de feria.

Se sabe que hasta ahora el Niño exige torear tres corridas en días laborables a 8.5000 pesetas el ejemplar, y que en ninguna de esas corridas, ni en las demás en que actúa, se le eche ganado de Miura.

Y empezó el año pasado el nene.

Para la temporada próxima pedirá, además, que se le garantice que las tardes que él toree hará *un tiempo espléndido.*

La empresa de Bilbao está perpleja, pendiente de lo que resuelva Cayetanito.

¡Bien dice el refrán que el que con niños se acuesta... cuchillo de palo!

A.

La confesión parece una carga intolerable

Censuras contra la confesión.—Vamos a reunir las censuras de los que atacan la confesión.

¿Es invención de curas?—Ya probaremos cómo no pudo ser invención de curas. Vamos a deshacer las otras censuras.

¿La confesión es una carga intolerable? — Ciertamente, no puede negarse que la confesión es costosa. Pero, ¿qué le vamos a hacer? La ordenó Nuestro Señor Jesucristo, y no hay más remedio que aceptarla. Hay que pensar que el pecado y el infierno son una cosa muy grave, y, por tanto, algo hay que pasar para quitarlos.

Sin embargo no es tan dura como dicen. El confesar, si se hace como se debe, es sólo exponer los pecados graves, y si se quiere también los leves, pero sin decir más que escuetamente el pecado y el número de veces.

Parece que no lo es —Observarás que la confesión es una carga intolerable a los que no se confiesan; pero a los que se confiesan es muy tolerable, y en medio de su mortificación, es muy dulce. Y muchas veces, en las grandes crisis de la vida, la confesión es uno de los actos más consoladores y más humanos, como lo sabemos por experiencia todos los que hemos ejercitado este ministerio de oir confesiones.

¿La confesión es una tiranía e ingerencia de los curas?—Así dicen pedantemente que por la confesión los curas dominan en las casas, averiguan todo lo que pasa en ellas, se ingieren en todos los asuntos de todo el mundo, se entrometen en el gobierno de todas las familias.

Son tan pocas cosas las que hay que decir por obligación al confesor, que a no ser que el penitente quiera, puede resultar una confesión no sólo absolutamente anónima, puesto que no se necesita decir quien es el que se confiesa, sino casi incolora, porque no hay que confesar más que el número y la especie de los pecados graves, callándose todas las demás circunstancias que no pertenezcan a esto. Y así si el penitente no quiere, no tiene que decir ni quien es, ni como vive, ni a que familia pertenece ni si tiene mucho o poco, ni si es joven o viejo, ni otras muchas cosas. Más se puede saber muchas veces, y se sabe, en efecto, fuera del confesionario, en la calle que en el confesionario. Además, el confesor, si es prudente como debe serlo, no se meterá en nada, sino en lo necesario. Y como no puede hacer uso ninguno de lo que le dice el penitente en orden a la confesión ni puede conferenciar acerca de ello con nadie, si quisiese entrometerse en las familias o sociedades, tendría muchas dificultades, y casi imposibilidad. El que alguno haya alguna vez abusado de la debilidad del penitente, no significa nada. Esto sí; en la conciencia de quien se confiesa, se entromete el confesor, pero para eso es la confesión. Y de eso nadie puede quejarse.

R. V., s. j.